

MIRANDO AL MAR, SOÑÉ...

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

Mirando al mar, soñé...

Dio una última calada profunda a la colilla de su cigarro, y la arrojó por la ventanilla. Los últimos viajeros que habían subido, ya estaban acomodados en los asientos del aquél ómnibus que recorría todos los pueblos de la zona, unidos entre sí por una carretera repleta de baches que estaban sin rellenar desde no se sabe cuándo, en que habría pasado una brigada de peones camineros con sus trajes de pana raída, boina que sería negra debajo del polvo acumulado en ella, cigarros humeantes entre los labios, acompañando el lento avanzar del mulo que tiraba del carro cargado con piedras de diversos tamaños, gravilla, palas, picos y los pisonos para compactar todo ese material de relleno con el que, de vez en cuando, repasaban el estado de las carreteras para dejarlas más transitables. Prisa..., no tenían. Un bache, detrás de otro, o se quedarían sin trabajo. Su lema no escrito, era: "En el sueldo..., nos joderán, pero en el trabajo, no".

Ahora que iba a meter la marcha primera en su desvencijado vehículo..., se acordaba de ellos: la rotura de un palier o de alguna ballesta significaba una semana sin trabajar, más el coste de la reparación, aparte de dejar sin servicio a los pueblos de la zona para llegar hasta la población cercana más grande que les daba casi todos los servicios que necesitaban.

"Transporte de Viajeros Guillén", la había fundado su abuelo mucho antes de la guerra, allá por el año 1926, con la novedad de que sus clientes ya no irían en carricoches tirados por mulos sino en un vehículo de motor de explosión, así que con aquél primer bus de cuarta o quinta mano que compró el fundador, se hizo con todo el transporte de personas, animales y cosas, arrinconando a los animales de tiro para lo que les era propio: trabajar la tierra.

Después de su abuelo Saturnino, lo continuó su padre, Saturnino también y, tras él, el tercero y último de los así llamados, que arrancó el motor del autobús santiguándose porque cada viaje era una incógnita de imprevistos: desprendimientos en las laderas de la carretera, lodazales cuando llovía, averías, accidentes..., y hasta alguna viajera que se le puso de parto antes de lo previsto gracias a los baches que ayudaban, con los traqueteos que en el autobús producían, al bebé en su descenso por el útero.

Para todos estos contratiempos que dejaban al vehículo tirado en la carretera, Saturnino llevaba en la baca junto con las maletas, bultos y

jaulas de conejos o gallinas, una bicicleta con la que ir a buscar ayuda al pueblo más cercano. Tan conocido y necesario como era Saturnino entre las gentes de todo aquél valle, enseguida los paisanos formaban con sus mulos una reata para volver al pasado de las diligencias que había antes de que su abuelo modernizara el transporte de viajeros, arrastrando al bus herido bajo el asesoramiento técnico de la pareja de la Guardia Civil que solía acudir como la autoridad competente que era, hasta algún herrero de los que, menos enderezar gibosos, hacían de todo.

El motor se puso en marcha después dos intentos y, al tercero, le entró una tembladera al vehículo que bien podría ser de puro contento porque todos los pasajeros se pusieron a aplaudir al ver que no tendrían que bajar a empujar como cuando el motor de arranque se le resistía más de lo deseado por todos.

"Vamos pallá", dijo Saturnino después de soltar un suspiro de alivio porque el viaje comenzaba bien. Un nuevo cigarro aparecía adherido por la parte del papel engomado colgando de su labio inferior y le humeaba por entre sus ojos, acostumbrados ya a ver a través de aquella neblina artificial que le emborronaba a esa carretera que dividía en dos, al pueblo inicio de trayecto. Dos señoras mayores que viajaban juntas para visitar en Huesca a un tío muy mayor que no se les acababa de morir nunca y asilado en la Casa Amparo, se santiguaron bisbiseando un Ave María a modo de protección.

"¡Esa ventanilla..., que nos vamos a helar, haga el favor...!", gritó un hombre que iba en la parte de atrás, hasta donde le llegaba un chorro de aire demasiado fresco para su gusto.

"Pues hijo..., qué delicados estamos hoy. Es que aquí, con tanta gente y no todos limpios..., no se puede aguantar de la olor. Si se viaja, se lava uno antes, digo yo", respondió la señora que intentaba ahora con grandes esfuerzos, volver a correr el cristal de su ventana hacia adelante para cerrarla.

"¿Y no será Vd. la que huele tan mal...? Porque es la única que se ha quejado hasta ahora de semejante cosa. Joder con la marquesa de Pompadúr", terció uno que intentaba dormir hasta la parada final.

"¡Se acabó. Aquí se calla todo el mundo. La señora ha cerrado la ventanilla y, ya, ni huele, ni nada. Todo el mundo en silencio, y tengamos la fiesta en paz!", dijo un hombre de cabeza voluminosa y calva que formaba un bloque único con el tronco, bigote fino, y vestido con un traje sobado, camisa blanca con corbata oscura, que parecía acostumbrado a mandar sin ser desobedecido.

"¿Y Vd. quién es para mandarnos callar a todos?", preguntó el que se

quejaba del frío.

"De la Secreta. ¿Quiere ver mi carnet, después de que le haya metido cuatro hostias? Porque mando parar al chófer, le bajo del vehículo, se las arreo y se queda con ellas tirado en la carretera. ¿Qué quién soy yo, dice el cateto éste de los cojones? ¿Estamos..., o no estamos?", preguntó desafiante mirando fijamente a los ojos del hombre del final. Éste, se achantó bajando la voz y la mirada, diciendo sólo: "Estamos, Sr. Agente", y un silencio espeso se hizo entre todos después de que el de la Secreta, diera un vistazo general sobre los viajeros para ver si alguno se atrevía a mirarle a la cara. Comprobado que se había restablecido el orden, se sentó.

Saturnino, atento a ver si tenía que parar el bus o no, soltó un suspiro de alivio al ver que el policía había zanjado el asunto del frío y los olores. Calor, no, que no lo pasarían porque la calefacción hacía tiempo que lo de arreglarla, siempre lo dejaba para antes del siguiente invierno. Pero en las diligencias aquellas, nunca habían llevado calefacción y la gente no se moría por ello. Que es que nos habíamos vuelto todos, muy señoritos.

Sobre la cabeza de Saturnino, aparecían dos espejos retrovisores. Con uno, controlaba la carretera a través de la ventanilla trasera y, con el otro, al pasaje. Movié este último y lo enfocó hacia donde estaba sentado el de la Secreta. Parecía tranquilo leyendo el Marca desplegado ante sus ojos, y se había encendido lo que parecía un habano. Toda su zona de alrededor estaba bañada ahora por el humo de su puro, pero no se quejaba ni Dios. Una señora que iba detrás suyo, apenas se atrevía a hacer unos ligeros aspavientos con la mano frente a su propia cara con el ánimo de disiparlo y le salió una tos que no pareció fingida. El de la Secreta se giró hacia la mujer, la miró pero, ésta, no dijo nada: sólo bajo la mano junto a la otra puesta sobre su regazo y se le desapareció la tos.

Comenzó a llover al poco de formarse en el cielo una nube oscura y repentina que a Saturnino no le gustó nada: "Como se forme barrillo, con las ruedas tal y como las llevo..., Dios quiera..., Dios quiera", pensó recordando que el dibujo original que las ruedas llevaron algún día, había ido desapareciendo de la banda de rodadura. Y lo malo es que las dos que llevaba de repuesto, atornilladas a la trasera del vehículo, estaban peor. La tormenta arreció y las escobillas del parabrisas no daban a basto en su lento girar, para apartar el agua que iba cayendo con fuerza y no se veía nada. No sólo por el agua en el cristal, sino porque el oscurecido cielo no dejaba pasar la luz del sol.

Los charcos en la carretera comenzaron a formarse, y por las laderas, bajaban pequeños torrentes de agua que empeoraban la situación, borrándose los supuestos límites laterales que la carretera aquella debía

de tener.

Al entrar en una curva a una velocidad que Saturnino ya había reducido por todas aquellas adversas circunstancias, las ruedas traseras hicieron un extraño y los viajeros asustados soltaron algún "¡Ay, que nos matamos!", y una de las señoras mayores que iban hasta Huesca, iniciaron el rezo del rosario a la que siguieron muchos, por si acaso.

"¡Joder, qué pocos cojones hay en España: así nos va!", gritó por encima de los rezos el de la Secreta, señalando con los restos de su humeante habano a todos los que allá iban tan compungidos, que serían los que no tenían cojones, mujeres incluidas. Y siguió: "En el frente de guerra les hubiera querido ver a todos Vds. Allí, las lluvias, no eran de agua, no, sino de balas y metralla. Y mandaba a mis 200 falangistas a la carga, y ni Dios rechistaba, ¡joder!. Deseando estaban luchar por la Patria. Anda que..., ya puede el Caudillo desgañitarse con esta España de maricones que nos han tocado, para levantarla, ¡mecagüensós!. ¡Conductor...!: ¿tengo razón, o no tengo razón?"

Saturnino, ni oía los rezos del grupo de beatas, ni las bravuconadas del policía, ni los ayes de los más atemorizados por el deslizarse sin mucho control del ómnibus aquél, en cada toque de volante con el que el preocupado conductor quería corregir su rumbo incierto sobre ese mar embravecido del pavimento.

Avanzaba despacio, dudando si parar hasta que escampara la tormenta, o seguir, ambas cosas con sus ventajas y sus riesgos. A lo lejos, vio que en el lado derecho de la carretera, protegiendo de un precipicio que en ese lado había, un muro bajo y ancho de bloques de piedra parecía lo bastante fuerte para aparcar allí y que, si el agua conseguía empujarlo, que fuera contra esa defensa y que, ésta, pudiera aguantar la fuerza del agua y el peso del bus con su gente dentro, sin rodar por la pendiente casi tan vertical, que ni se veía.

Saturnino, no estaba muy convencido de la decisión tomada pero seguir la marcha sin ver dónde pisaba con sus ruedas de suela desgastada, le parecía aún peor.

"¡Señores y señoras...!: Vamos a esperar aquí, en esta zona en que tenemos este muro de piedra en nuestro lado derecho, hasta que se pase esta tromba de agua porque, seguir..., es muy complicado. La carretera no se ve y avanzaríamos a ciegas. Y la luz, ya ven que también es escasa con esas nubazas negras que tapan el cielo. Digo yo que con la cantidad de agua que sueltan, mucho..., no puede durar...", y el chófer paró de explicar porque de repente el autobús sufrió un zarandeo y, luego, otro: se acababa de levantar un vendaval que arrojaba con fuerza la lluvia contra los cristales y empujaba el vehículo hacia el pretil de defensa. De momento, sólo estaba siendo zarandeada la carrocería, aunque el agua

entraba por los resquicios y agujeros de su piel de chapa carcomida.

"Lo que nos faltaba: el viento", pensó. "No se alarmen, que el ómnibus es fuerte y el murete, se ve sólido. No obstante, una ayudita de la Virgen María nos vendrá bien y nos confortará. Así que si alguno o alguna de Vds. quieren continuar otra vez con el Santo Rosario..., adelante", animó Saturnino quien no las tenía todas consigo y echaba mano de la Virgen, aunque él no fuera creyente más que lo justo para pasar desapercibido entre los de su pueblo y que no fuera considerado un sedicioso ateo. Eran malos tiempos para salirse gratis del rebaño.

Así que todo el pasaje del atemorizado autobús zarandeado por el viento y la fuerza del agua que descendía sin control por la ladera, comenzó a rezar más alto, sacando de entre sus miedos a morir despeñados hacia el precipicio que cada vez veían más cerca a pesar de la espesa cortina de lluvia y de la escasa luz, las fuerzas necesarias para ello.

Ahora, el policía secreta miraba mudo hacia el exterior del vehículo intentando evaluar la situación en la que se encontraba él, y hasta todos los demás. Se levantó, y se dirigió hacia Saturnino que estaba controlando el trozo que separaba a su ómnibus, del pretil de piedra donde el agua crecida, saltaba por encima de las piedras sustentadas sobre un terreno que se estaba deshaciendo convertida en un barro casi líquido. El Inspector, parecía tener ahora la cara desencajada por la incertidumbre de si el bus aquél caería rodando por el precipicio, en el caso de que los bloques de piedra se desmoronaran por el peso del vehículo y la fuerza del agua que lo empujaba. Se había desabrochado el botón de la camisa y aflojada la corbata, que solo era un estorbo en aquellos momentos.

"¿Qué pasa, conductor... aguantará esto? ¿Porqué no lo pone en marcha e intenta avanzar, joder, que aquí nos vamos directos al barranco, hostias?". Su voz ya no reflejaba mando, ni orden segura, sino sólo un ruego desesperado de quien, en aquellos momentos, no contaba con la ayuda de todo aquello que le había dado poder hasta un poco antes de que el cielo se derritiera sin contemplaciones.

"¿No ve que no hay carretera, que sólo es un río que baja de las laderas?. Y recemos para que sólo baje agua y no una avalancha de rocas que nos triture antes de caer al vacío. Aquí, al menos, aún tenemos algo: esos bloques de piedra que, de momento, ahí siguen. Aunque no tardaremos en chocar con ellos. Pero si nos movemos... ¿qué esperanza tendremos? Ojalá supiera yo qué es lo menos grave de las dos opciones: quedarnos, o navegar. Suponiendo que las ruedas, tal y como están, no patinen en el lodo que lo cubrirá todo si pretendemos avanzar a la estima porque los lados de la carretera, entre la lluvia que cae y la que ha caído ya, ni se distinguen", dijo Saturnino imponiéndose como capitán del barco

a quien sólo era en aquellos momentos, otro pasajero asustado más.

A cada deslizamiento del autobús por la fuerza del agua, el murmullo del rosario rezado por todos sin excepción, se elevaba y al que se le incorporaban nuevos ayes y plegarias cada vez más desesperadas, unido todo al llanto de los bebés aterrados por el griterío en el interior de lo que ya todos veían sólo como un féretro colectivo.

De repente, la lluvia cesó. La cortina de agua dejó de caer y un cielo limpio y azul apareció cuando las nubes negras se esfumaron, y el ruido de los miles de gotones estrellándose contra la chapa del bus se paró bruscamente. A pesar de ello, el agua que continuaba descendiendo por las laderas seguía empujando al vehículo hacia el precipicio. Aunque todavía angustiados, los viajeros cesaron en sus plegarias, expectantes y esperanzados por el repentino silencio sin la lluvia. Ahora, un crujido de chapa vieja, les advirtió que ya habían topado con el murete de piedra que seguía en su sitio. Algunos viajeros, los más osados, miraron por las ventanillas de ese lado para comprobar si resistía. El río de agua, convertido en cascada, les mostraba la caída libre que seguirían ellos y su autobús, si los bloques de piedra se quedaban sin el suelo sobre el que se posaban.

Recuperada la luz del día por la desaparición de las nubes negras y de la cortina de agua que impedían la visión, se mostraba lo que debía de ser la carretera atravesada por el agua que, bajando por las laderas iba a parar hasta el otro lado, salpicado a tramos por barrancos profundos que Saturnino volvía a reconocer con todo aquél paisaje ya iluminado. La parte sólida de la carretera se podía imaginar porque, sobre ella, habían quedado todas las rocas que se habían ido desprendiendo durante la tromba de agua, y que dificultarían la marcha suficientemente aunque no volviera a caer ninguna otra. Pero no, eso último aún no era así, porque el agua que venía de la parte alta de la ladera a la izquierda del bus, seguía arrastrándolas. Unas, se quedaban paradas para formar obstáculos, mientras otras rodaban hasta desaparecer por la derecha, sin destino final conocido.

"¡Mire..., que no miento!", le dijo el de la Secreta a Saturnino, mostrándole el carnet de miembro de la Brigada de Investigación Social. "¡Lea aquí lo que dice: Martín Borrego García, Inspector, ¿eh?. Y éste de la foto soy, yo!", y le señaló con su rechoncho dedo índice todo amarillo verdoso de fumador de puros requisados al contrabando, su fotografía grapada a la cartulina sobada y enfundada en plástico que le acreditaba para poder infundir miedo a los ciudadanos honrados, pánico a los que habían quebrantado alguna ley, o lo pareciera, y hasta que le saludaran marcialmente alguna pareja de la Guardia Civil cuando se les presentaba, con sólo que les dijera de forma enérgica y segura: "Inspector Borrego, de

la B.I.S."

Saturnino, que andaba rumiando qué hacer en aquella complicada situación donde la carretera sólo le daba opciones malas, dio un respingo en su asiento cuando de sopetón, le había puesto ante sus ojos, el seboso carnet con la cara gorda y calva de la foto. Leyó lo que el ahora Inspector le decía y comprobó que sí, que era de la Secreta. Tampoco eran tiempos, si alguien se presentaba ante ti de malos modos mandándote que te detuvieras, de decirle que no te fiabas y que estaba obligado de mostrarte la documentación que corroborara que sí podía mandar lo de que te pararas sin rechistar.

"Muy bien, señor... Borrego, ¿o prefiere, don Martín?; que..., que no hacía falta, porque ya imaginaba que sí, que sería verdad. Y perdone si antes me he mostrado algo brusco con Vd., pero es que estaba muy nervioso por el malísimo panorama que teníamos antes, y el sólo malo que seguimos teniendo. Bien..., ¿qué desea de mí, estoy detenido por algo?", dijo un atemorizado Saturnino que no sabía a qué iba eso de enseñarle su documentación en esos instantes en que la situación no había mejorado tanto.

"Don Martín..., me parece bien. ¿Y su nombre, si no le importa?", le preguntó el policía, a quien le daba igual si le importaba mucho o poco al conductor, el que tuviera que decirle su nombre.

"Sa..., Saturnino, para servirle", le contestó.

"Bien, Saturnino. Pues es que estoy en un servicio muy importante y tengo que llegar a Jaca, a la hora prevista. En mi trabajo, duro y necesario para España, no valen excusas de que si una tormentita o un inútil, me han hecho llegar tarde. ¿Me entiende? Así que sólo quiero que me diga cómo y cuándo me va a dejar en Jaca y no quedar yo en mal lugar ante mis superiores porque su mierda de autobús y sus repulidas ruedas de charol, no puedan avanzar por una carretera mojada. Ah..., sí..., y con piedras. Así que, sí o sí, Saturnino, arranque el motor y aprovechando este magnífico día que se le ha quedado para su noble oficio de conductor de tartanas..., sin prisas pero sin pausas, como diría nuestro Caudillo, me va a llevar hasta Jaca", dijo el inspector Martín ahora que había recuperado el temple para mandar de nuevo y que, con cara de satisfacción, se acababa de encender nuevamente el puro, echándole el humo a la cara de Saturnino quien, ante alguien así que no hubiera sido de la Secreta, ya le habría agarrado por el cuello y echado del bus.

"Pe..., pero... ¿y las piedras?", señaló con un gesto de su barbilla a todo el rebaño de ellas que desperdigadas y de todos los tamaños, se veían en la carretera.

"Las piedras..., ya", dijo el policía. Éste, se incorporó de su asiento puro en boca, dio tres palmadas con su manos amorcilladas y dedicortas, advirtiendo a los pasajeros con una voz de mando de quien no imagina discrepancias, con estas claras instrucciones:

"¡A ver, esto va para todos los hombres de este autobús!: vamos a reiniciar el viaje. El agua de la carretera, ya no es un problema pero sí, las piedras. Aquí, el amigo Saturnino, me ha indicado que no ve ningún problema en sortear o pisar las rocas pequeñas pero, que para las más gruesas, no quedará más remedio que ir apartándolas a medida que nos las vayamos encontrando. Así que cuando haya que apartarlas, parará Saturnino el bus y, los hombres..., a la carretera para, bajo mi dirección, ir apartándolas. ¿Estamos...? A ver..., ¿cuántos hombres hay aquí?: que levanten la mano", acabó.

Varios hombres de diversas edades, alzaron un brazo.

"Uno..., dos..., tres...", fue contando hasta doce. "Vd., y Vd., no, que son muy mayores. Bueno, con estos diez restantes, será suficiente. No se hable más. Adelante Bernardino, la carretera es suya".

"Saturnino, si no le importa, Inspector. Saturnino", le corrigió en voz baja, el conductor.

"Bernardino..., Saturnino..., ¿qué más da? Venga, arranque y déjese de gilipolleces que ya tenía que estar en Jaca y que me dé tiempo de tomarme uno de esos cojonudos bocadillos de tortilla de patata en Casa Fau, antes de presentarme a la reunión. ¿Somos hombres..., o somos mariconas, Saturnino?", zanjó la conversación don Martín. El conductor, meneó la cabeza como que no las tenía todas consigo, y le dijo al Inspector con resignación:

"Menos mi humilde autobús, y las señoras..., todos somos hombres, claro que sí. Espero que no se nos pida ser dioses, según veo alguno de esos pedruscos, como ése de ahí, a la izquierda. En fin, vamos para allá..., y que sea lo que Dios quiera", dijo Saturnino sin atreverse a mirar al policía porque su ruego implícito al Señor, no fuera a parecerle de cobarde.

Metió la primera y el bus comenzó a derrapar sobre la capa de barro que había bajo la del agua. Había girado las ruedas todo a la izquierda, pero cuanto más aceleraba aunque lo hiciera con suma delicadeza, el vehículo se deslizó golpeando el muro. Éste, aguantó el golpe que aunque no violento, sí tuvo que soportar todo su peso. Y abajo, la negrura del barranco pareció esperarles.

"¡Mecagüensós, Bernardino, acelere que nos vamos al barranco!", le espetó el policía, asustado al ver que el vehículo no obedecía a la dirección

que le marcaban las ruedas.

"¡Cállese, y déjeme hacer a mí. Que Vd. sabrá mucho de policías y ladrones, pero mi oficio y a mi coche, me los conozco mejor que Vd. No me ponga nervioso, joder. Y me llamo, Saturnino, Sa-tur-ni-no, hostias!", le gritó éste mientras no perdía ojo de lo que el vehículo hacía en cada una de las maniobras. Todo el pasaje enmudeció ante esa confrontación con aquél botarate cuelllicorto en la que, a las malas, sólo el conductor podría salir perdiendo. Pero sumido en el estupor de esa reacción inesperada del conductor, el policía se quedó sin palabras cuando, y de nuevo, el ómnibus se deslizó pese al motor haciendo girar unas ruedas que resbalaban, contra el pretil.

"¡Haga lo que le salga de los güevos, pero si no me deja en Jaca a la hora de la reunión..., le empaqueto como que me llamo Martín, mecagüensós, muerto de hambre!!".

La operación de intentar salir varias veces de esa pista improvisada de patinaje para vehículos pesados, fue en balde. Saturnino miraba la carretera, las piedras y la cara enfurecida del policía, porque la hora del bocadillo de patata, se le estaría pasando, y la de la importante reunión..., quizás también.

"¡Pare, y que baje el pasaje!", ordenó don Martín. Y dirigiéndose a los pasajeros, ordenó:

"Todos abajo y esperen en la carretera: hay que quitar peso a esta mierda de autobús sin cojones. Cuando Saturnino ponga en marcha el autobús, los hombres elegidos para apartar las piedras deberán empujarlo, todos a una, para desplazarlo a la izquierda y que salga de esta zona de barro acumulado. Creo que si lo situamos en el centro de la calzada, ya saldrá adelante por sí sólo. ¡Hala, al tajo, y no se preocupen las señoras si se les mojan los zapatos, que ya se les secarán!".

Bajaron todos los pasajeros, y los diez hombres seleccionados se pusieron en la parte delantera derecha para empujar en cuanto oyeran que Saturnino metía la primera velocidad y el policía les diera la orden.

"¡¡Ya..., y empujen fuerte, hostias, que parecen abuelas!!", les gritó éste cuando las ruedas comenzaron a girar sin encontrar suelo al que agarrarse. Un nuevo intento y el bus hizo un amago de avanzar por sí mismo. Era un buen augurio para todos.

"¡Otra vez, que lo tenemos a punto de caramelo!". Un nuevo empujón de aquellos diez hombres, a la par que las ruedas giraban muy despacio..., y el vehículo se desplazó a la izquierda. Entre todos, colaboraron para dejarlo centrado en la carretera donde había asfalto

sobre el que rodar más seguros.

"¡Pruebe ahora Vd. sólo, Saturnino, que creo que ya lo tenemos!", le gritó el policía. El chofer, sumando plegarias y juramentos, volvió a acelerar con sumo cuidado y el autobús avanzó por sus propios medios.

"¡Con dos cojones, sí señor. Todo el mundo arriba. Nos vamos!", gritó ufano el de la Secreta, como si todo el esfuerzo hubiera salido de él. Los pasajeros, llenos de emoción por el milagro de no haber caído al barranco, y que el autobús hubiera salido de la zona de patinaje, comenzó a aplaudir al policía, gritando: "¡Viva el Sr. Inspector..., viva la Guardia Civil..., viva la Virgen del Pilar...!!". A fin de cuentas, era mucho mejor llevarse bien con la Autoridad.

Saturnino, dejó el vehículo en punto muerto con el motor en marcha para tocarlo lo menos posible y recostó su cabeza en los brazos cruzados sobre el volante, agotado por la angustia sufrida y sin enterarse de que el aclamado don Martín levantaba, enardecido por los vítores que estaba recibiendo, el brazo derecho y que con dos dedotes de su mano dibujaba la "V" de victoria.

"¡Arreando, Saturnino, que es gerundio: no se me vaya a poner a dormir ahora, que me espera Jaca!", ordenó el Inspector cuando ya toda la gente acabó de subir, aunque no sentados todavía los últimos.

El chófer, dio dos acelerones en vacío sólo para comprobar que el motor respondía con brío a ese pedal, miró por el retrovisor para comprobar que ya todos estaban sentados, metió la primera y suavemente el autobús se puso en movimiento. Nuevos aplausos, esta vez para Saturnino y su vehículo porque, de momento, iba. La zona de piedras en la carretera, parecía que ya se había acabado tras sortear unas cuantas no muy grandes haciendo eses en la marcha para evitarlas, de modo que aquella necesidad prevista de ir parando y que los diez elegidos tuvieran que bajar a apartarlas..., se había conjurado.

"¡El Satur..., el Satur..., el Satur es cojonudo..., cómo el Satur, no hay ninguno!!", comenzó a cantarle el inspector y elevar el dudoso ánimo de los pasajeros quienes, viendo el entusiasmo que éste le ponía cantando esa canción levantado de su asiento, con el puro en su boca y dando palmas, le siguieron todos, pasándose enseguida a lo de que "para ser conductor de primera..., acelera, acelera...", quizás porque Saturnino iba demasiado despacio ahora que todos ya se habían olvidado de la tormenta y de que, en el lado de la derecha, seguían los barrancos dispuestos a todo. En esos momentos, ya sólo pensaban en llegar a su lugar de destino así como estaban: enteros.

"Cancioncillas aparte para que esta cuadrilla de catetos se relajen, Saturnino, digo yo que debería hacerles caso y que acelerara esta su

tartana. No digo que la vaya Vd. a poner a 100 por hora pero..., pise el pedal, hostias, porque aunque me vea que estoy un poco más jaranero que hace un rato, no se equivoque conmigo: tengo que llegar a tiempo a la reunión y quiero ese bocadillo en Casa Fau, que no es cuestión de acudir a esa cita inexcusable con la tripa vacía: así, no hay quien se concentre en lo que en ella se va a cocer. Digo, yo. Así que..., ihale, Bernardino: apriete sin miedo el acelerador!. Ah..., ¿o era, Saturnino?", y el Inspector se le quedó mirando para ver si le habían quedado claras sus urgencias y si reaccionaba ante ellas pero, Saturnino, sólo entrecerró los ojos despectivamente hacia el botarate aquél que tenía pegado a su cara abusando de su condición de matón con carnet oficial, y pisó el acelerador para evitarse problemas con las Autoridades diversas que él representaba. Sobre todo, porque en cuestiones de la obligada seguridad del vehículo y de los pasajeros..., lo incumplía casi todo.

Al ver ese cambio repentino de ritmo en un vehículo que todo él estaba cogido con pinzas y sobre una carretera que si ya no presentaba piedras desprendidas en la calzada, sí seguía conservando, aunque encharcados, los mismo baches que todos los días por mucho que, de vez en cuando, la brigada de peones camineros los fueran rellenando de cualquier manera.

"¡iSaturnino..., ¿ande vas con tantas prisas?, que si no hemos muerto en aquél barranco, nos vas a matar ahora en alguna de estas curvas. Echa el freno..., Madaleno...!!", le gritó uno que llevaba a su mujer asustada y fuera de sí, porque no estaba acostumbrada a que ese paisaje tan sabido, pasara con tanta velocidad por las ventanillas.

"¡Eso..., eso..., que nos mata este hombre, Madre mía del Pilar, qué urgencias, por Dios!", se quejó una de las dos hermanas a la otra, las que iban a ver a su tío abandonado en Huesca en manos de las monjas. Y a esas súplicas, se fueron añadiendo las de otros pasajeros que volvían a acordarse, otra vez, de sus seres queridos que se habían quedado en el pueblo, o les esperaban en su lugar de destino, temiendo no volver a verlos.

"¡iCállense todos, mecagüensós!! Saturnino no hace más que cumplir con los horarios de llegada a los diferentes destinos. Si nos ha pillado la tormenta que nos ha retrasado..., joderse: ahora hay que recuperar el tiempo perdido, ¿estamos?. Además, yo tengo una reunión i-ne-lu-di-ble en Jaca, con otros miembros de la Secreta para asuntos que no es de su incumbencia: temas..., del servicio, ya se lo podrán imaginar. Así que si Vds. no tienen prisa..., yo, sí, y la tengo a las 4 de la tarde, y miren..., miren qué hora es y aún hay que parar en el pueblo de antes de Jaca. ¿Es, o no es así, Saturnino?", espetó el policía a todos los que protestaban. Saturnino, rumió algo que pareció un sí, pero que podría ser un "idéjeme en paz!", encriptado.

"Ya estamos: mandando, los de siempre", se oyó en una voz baja, hacia el final del autobús.

"Mandando los de siempre... ¿qué?. A ver..., ¿quién ha dicho eso? Si mandamos "los de siempre", es porque le echamos más güevos y ganamos la guerra. Así que, ahora, a callar y ni una queja más. Vamos a ver, el que ha dicho eso..., si tiene cojones, que se levante y me lo diga a la cara, que se la inflo a hostias, fíjense bien: a hostias.

Qué pena que mi misión de hoy no sea echarle el guante a alguno de los facciosos que aún anda sueltos por ahí sin haber recibido su merecido, aunque sea un palurdo como el que ha hablado y que ahora se esconde. No saldrá, no. Saturnino: tú, ni caso. Vista al frente..., y a llegar a la hora, o no estaré a tiempo en la reunión. Y me jodería, ya lo creo que me jodería. Soy bueno..., pero no sé si se lo perdonaría", terminó don Martín con esa advertencia.

Otra vez el silencio se hizo dentro del vehículo, sin atreverse nadie a enfrentar sus miradas con la del policía. La mayoría, las mantuvieron bajas o mirando el paisaje tantas veces ya visto, como si aquella nueva bravata no fuera con ellos. Y, total, para Jaca, no quedaba tanto.

Saturnino, iba mirando por el espejo retrovisor encarado hacia donde el policía estaba y veía que, a cada poco, éste miraba su reloj para comprobar la hora y, tras ello, se revolvía en su asiento, inquieto, echando miradas de reproche hacia el conductor que coincidían ambas sobre el espejo. En un acto reflejo, pisó con más fuerza el acelerador pero eso era ya como quemar pólvora mojada porque aquél cacharro iba al límite de sus posibilidades mecánicas.

Por fin, llegaron al pueblo que estaba antes de la parada de Jaca, donde se apeó una pareja de pasajeros y subieron cuatro, cargado uno de ellos con bultos cuya travesía por el estrecho pasillo entre los asientos, así como colocarlos en el portaequipajes sobre sus cabezas, se demoró demasiado para el gusto del Inspector, quien le gritó:

"¡Hala, a ver..., que es para hoy, que esto no es un camión de carga, sino de personas, coño!!"

El nuevo pasajero que se esforzaba por meter el bulto entre el techo y portaequipajes aquél, se puso nervioso de las prisas maleducadas de quien no sabía con quién estaba tratando y cuando ya le iba a soltar una increpación para que callara ese bocazas, la pasajera que iba sentada en el asiento contiguo, le tiró de la ropa para indicarle que no dijera ni mú. Sin entender muy bien por qué, pero viendo que todo el pasaje iba en silencio, le salió un instinto de supervivencia que atenazaba a toda la sociedad y no contestó, limitándose a hacer más fuerza hasta que el bulto

aquél quedó encajado.

Saturnino arrancó, y el policía del espejo volvió a mirarse el reloj de pulsera. Y vio que se relajaba. Por la hora que era, hasta iba a poder arrearse ese bocadillo de tortilla de patata que tanto deseaba, pensó aliviado el chófer.

Por fin, un cartel pintado en la fachada lateral de una casa de la carretera, anunciaba un tanto despintado: "A Jaca, 5 kms.": salvados. En nada, se adentraron en la ciudad y llegaron a la parada donde algunos pasajeros se removieron de sus asientos para ser los primeros en bajar, recogiendo sus equipajes. Abajo, otro grupo de personas, ya esperaban en fila para subirse.

Todos los viajeros, esperaron a que primero se apeara don Martín, quien antes de hacerlo se acercó hasta el conductor y dándole una colleja entre amistosa y de dueño de la situación, se despidió de él con un: "Bernardino, sí señor, ha cumplido con su obligación como un hombre. Hasta la próxima".

Saturnino, pasó por alto lo de su nombre cambiado y esa colleja más fuerte de lo debido, y sólo dijo: "Que disfrute de su estancia aquí, don Martín". Lo de añadir a esa frase: "tontolaba", sólo lo pensó.

El cielo en la ciudad, estaba limpio de nubes aunque las calles estaban mojadas, notándose que no hacía mucho había caído una buena lluvia. El sol lucía y calentaba el ambiente haciéndolo fresco y agradable a la vez, para esa época del año.

Martín Borrego, feliz, y con la boca haciéndosele agua, se encaminó hacia los porches frente por frente a la Catedral y, directo, se metió a Casa Fau, comprobando en su reloj que le iba a dar tiempo de tomarse tranquilamente su bocadillo, antes de la reunión.

"Buenos días, José-Luis: haga el favor, póngame un bocadillo de tortilla de esos buenos que hacen aquí. Bueno, de los míos, ya sabe", le dijo el policía al que estaba al otro lado de la barra, bien surtida de tapas.

"¡Oído, cocina!: ¡iboc-cadillo de tortilla de patata para don Martín, jugosita por dentro...!! ¿Es así, no, don Martín?", se aseguró el camarero.

"Tú sí que sabes, José-Luis. Me pondrás, también, un chato de vino, pero de Rioja: nada de las mariconadas esas que se beben por aquí. Y rapidico..., que tengo una reunión enseguida".

"Cómo, no: dos minutos. Ya sabe, estamos..., para servirle, faltaría más", contestó diligente y con ganas de agradar a aquél agente de la

autoridad.

Enseguida fue servido, y en otros dos minutos, ya había caído también el bocadillo aquél que era una pura delicia, y el vaso de vino. Por caer..., cayeron también, pero sobre su camisa, dos o tres trozos de la tortilla que de puro jugosa, le dejaron otros tantos lamparones sobre la tela, que alguna gota de aquél vino acabó por rematar. Se sacudió con la mano y, aunque algo contrariado, pensó que bien merecían la pena esas condecoraciones, a cambio del manjar que se acababa de atizar.

"Las cuatro menos cuarto, iuffff!", pensó cuando miró su reloj. "Anda, José-Luis..., mira a ver si te debo algo de todo esto", dijo al pedir la cuenta.

"Sólo el bocadillo: al Rioja, invita la casa", le dijo José-Luis poniendo cara de lamentar que tuviera que cobrarle el bocadillo, muy a su pesar.

Pagó, y se fue despidiéndose así: "Pronto me verá por aquí otra vez a probar alguna de estas tapas que parece que me digan..., cómeme".

"Está en su casa, don Martín. Un honor atenderle", contestó sonriente el camarero.

Martín Borrego, ahora, caminaba deprisa por las callejuelas del casco antiguo de Jaca y llegó hasta una bar que pasaba inadvertido, y entró en él.

"Hola, Manuel... ¿están ya, mis compañeros...?", preguntó a uno de los camareros que andaban por entre las mesas, recogiendo servicios.

"Sí, sí, don Martín, ya tiene a todos esperándole", contestó. Al fondo, una radio grande, soltaba canciones de esas que algún oyente dedicaba a novias, madres, o hermanas.

Detrás de un biombo que separaba tras él, a una zona de reservado para clientes especiales o distinguidos, estaban tres hombres sentados en una de las mesas y con una silla vacante. Al verse, los cuatro se saludaron muy efusivamente.

"¡Hombre, Martín...!, ya pensábamos que no venías. Hubiera sido el primer jueves que faltabas, pero no podía ser porque tú no eres de esos. Nosotros, ya nos hemos tomado un café sin ti. Ahora mismo pedimos otra ronda y de las bautizadas, como siempre. ¿Cómo es que no has venido un poco antes?", le preguntó uno de ellos.

"Callad..., callad..., que estoy vivo..., de milagro", e hizo un parón mientras se despojaba de la trinchera, la chaqueta y la pistolera sobaquera, para dejarlo todo bien colgado del respaldo de su silla,

quedando todos expectantes por saber dónde o cómo podía haber perdido la vida.

"¿Pero qué te ha pasado..., nos lo cuentas, o no?", dijo otro de ellos.

"Nada, chicos, que viniendo en el coche de línea que es una tartana vieja que está desde hace años para el desguace, se ha puesto a llover, pero..., bien, y ni se veía, ni se podía avanzar y el agua casi nos ha arrastrado a un barranco. Suerte de un muro de piedra en que se ha quedado allí varado que, si no, al precipicio. Mira, se me han puesto, aquí", y se agarró el cuello con dos dedos para indicar dónde los había tenido puestos. "Al final, he tenido que poner orden en el autobús porque los pasajeros estaban desquiciados y hasta se me ha querido poner chulico el conductor. No he repartido alguna hostia..., porque Dios no ha querido. Pero, bueno, al final, organizando un poco la forma de salir de allí, y porque ha dejado de llover de repente..., aquí estoy, a echar la partida al tute con vosotros, como cada jueves".

"¡Niño..., tráenos cuatro carajillos de coñac, bien calientes y cargados, que aquí don Martín, parece que trae el cuerpo algo frío!. Por cierto..., ¿has comido alguna?", le preguntó a Martín.

"Sí, un bocadillo de tortilla de patata, ahí frente a la Catedral, que los hacen muy buenos. Pero deprisa y corriendo, para no llegar tarde a la partida. Y por culpa de las prisas, la camisa echada a perder con estos lamparones. Menos mal que sois de confianza, porque si me tengo que presentar así ante el Comandante, con lo tiquismiquis que es para lo de la imagen..., me echa del Cuerpo", terminó de contar el inspector a sus otros compañeros. El camarero se acercó con la bandeja, y fue dejando las tazas del café humeante, y una botella de Fundador a un lado de la mesa.

"Mejor, les dejo la botella, y se echan Vds. a su gusto, si les parece", explicó. Los cuatro, sonrieron al ver la botella todavía sin descorchar, y dijeron casi al unísono, entre risotadas: "Nos parece..., nos parece..., ahí has estado acertado, Antoñito".

Cuando ya todos habían contado alguna batallita o hazaña policial de estos últimos siete días, decidieron poner el tapete y las cartas sobre la mesa, repartió el que era mano, y entre sorbo y sorbo, y rellenando, y vuelta a rellenar la taza con sólo coñac, el juego fue avanzando con los típicos reproches vociferados de los jugadores que piensan que su pareja no ha estado acertada.

De repente, puso Martín la mano sobre las cartas que estaban en el tapete y dijo: "¡Callad, callad un momento, por favor!".

"¿Qué pasa?", preguntó uno, desconcertado.

"Calla, y déjame escuchar. La canción ésa de la radio", dijo Martín como concentrado en sí mismo.

Y la radio Telefunken del bar, puesta en su repisa con adorno de ganchillo, estaba soltando a petición de un amable oyente, la famosa canción de Jorge Sepúlveda que tiene por título: "Mirando al mar", y que decía:

"Mirando al mar, soñé..., que estabas junto a mí..., mirando al mar yo no sé qué sentí, que acordándome de ti, lloré..."

"¿Pero qué te pasa, Martín..., estás...llorando...?", dijo el que estaba a su izquierda, pasándole una mano por el hombro.

"Es que esta canción, me gusta mucho..., y me emociona su música y su letra, no lo puedo evitar...", dijo Martín excusándose.

"Si es que lo comentamos muchas veces: que es que tú has sido siempre un romántico empedernido, Martín. Un romántico. Lo que yo te diga".

F I N